



Edurne Portela
Formas de estar lejos



Galaxia Gutenberg

EDURNE PORTELA

Formas de estar lejos

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo de 2019

© Edurne Portela, 2019
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B. 509-2019
ISBN: 978-84-17747-10-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Prólogo

POCO ANTES DEL FINAL

No podría decir cuándo empezó todo

He cerrado la puerta de la calle con llave y echado los dos cerrojos. He comprobado la puerta corredera de la cocina y colocado el listón de madera en el raíl para trancarla. También he cerrado por dentro la habitación. No he dejado de repetir este ritual ni una noche. Me encierro como lo hacía entonces, cuando él vivía aquí, cuando dormía en la habitación al otro lado de la escalera de caracol y creía oír sus pasos por la noche acercándose a mi puerta. Cuelgo el plumífero en la barra de la ducha para que se seque, me quito el gorro, la bufanda, los pantalones de pana y el jersey. Me dejo puesta la camiseta térmica, a pesar de que ya huele un poco a sudor. Se me erizan los pelos de las piernas sin depilar, me duele cada poro que se endurece y reacciona ante este frío insoportable. Me pongo unos leotardos de lana, el pijama de franela, la bata gruesa y, sobre los hombros, la toquilla de lana morada de la abuela que todavía luce su imperdible de la ikurriña con el viejo anagrama de EAJ/PNV. Me tienta encender la calefacción, pero no lo haré. Primero, porque para ello tendría que bajar al primer piso y ya he echado el cerrojo, ya he cerrado la puerta, ya no pienso salir de aquí. Segundo, porque debo más de mil dólares a la compañía de electricidad, mil dólares que no tengo. Tercero, porque si la prendo, los ruidos de la caldera me despertarán por la noche y pensaré que son otra cosa. Cada sobresalto –y siempre me sobresalto– lo pago con varias horas de insomnio durante las cuales todo se magnifica: mi miedo, mi soledad, mi incertidumbre.

Abro la botella de Pinot Noir –el vino es más barato que la calefacción y también calienta– y una bolsa de patatas fritas: mi cena. Un lorazepam, o dos: mi postre. Enciendo el flexo que

descansa sobre una caja de cartón llena de libros, apago la luz principal y me siento en el colchón, que yace a ras del suelo sobre una manta india. Me sirvo una copa de vino. No puedo evitar cierta reverencia al coger el viejo ejemplar de *La consagración de la primavera* que me traje el otro día de la oficina. Es voluminoso pero ligero, la cubierta de color naranja tostado con una bailarina y un bailarín cuyos torsos se rozan en pleno vuelo, el papel grueso, amarillento, raído. Huele a humedad, a manos un poco sudadas, a muchas lecturas. De entre las primeras páginas sobresale el pico arrugado de una fotografía. Otro hallazgo. Trasladar los libros de estanterías a cajas significa toparse con antiguas cartas, postales, tarjetas de embarque de mis primeros vuelos transatlánticos, fotografías de mi vida anterior a él que me han ido acompañando, casi a escondidas. Emergen ahora los vestigios de la vida previa que estaban desperdigados entre mis libros, en cuadernos de apuntes, abandonados dentro de viejos sobres de manila, escondidos inconscientemente en cajones y estanterías de mis despachos de aquí y de allá, desplazándose inadvertidos conmigo de mudanza en mudanza. No sé si estoy dispuesta a encontrarme con tanta memoria escondida, a contrastarla con ese otro registro meticuloso y exhaustivo que hice de cada viaje y celebración con él y que ordené escrupulosamente en todos los álbumes que no hace tanto he acabado de destruir.

Estoy a punto de tirar de la esquina arrugada de la fotografía cuando un ruido al otro lado de la puerta, cerca de la puerta, rozando la puerta, me paraliza. Es el mismo ruido de casi todas las noches y hoy tampoco me voy a levantar a comprobar de dónde proviene, qué lo provoca. He echado el pestillo, no saldré hasta que vuelva a ser de día. Sé que si me muevo y decido investigar no podré superar la distancia entre este colchón y la puerta, imposible acercar esta mano que ya tiembla al pestillo, imposible acallar el zumbido en los oídos, parar el bombeo del corazón, acompasar la respiración, controlar el pánico. Si realmente hay algo o alguien ahí detrás, si ese ruido no es fruto de mi imaginación, prefiero que, sea lo que sea, me sorprenda cualquier noche durante mi sueño de lorazepam. Prefiero no enterarme.

Cuando las gatas estaban aquí podía achacar los ruidos a sus correteos, sus quejas, sus juegos y peleas. Estaban acostumbradas a andar libres por la casa, a dormir conmigo si les apetecía, y no entendían que yo de repente les negara la entrada a la habitación. Maullaban, gruñían y arañaban la puerta hasta que se cansaban y se iban a dormir con él cuando todavía vivía aquí, o al nido de edredones y mantas que les había proporcionado para su comodidad y sobre todo para sentirme yo menos culpable, cuando él se fue. Pero hoy las gatas ya no están, tampoco ayer, ni la semana anterior, ni hace un mes. Las echo de menos y su ausencia se hace más grande cada noche cuando no sé cómo explicar el ruido al otro lado de la puerta. Es un ruido minúsculo, casi inaudible, un ruido de sombra que escucho en mi duermevela. Pero ahora estoy despierta y no debería estar oyéndolo. Me sirvo otra copa de vino y me la bebo de un trago con la pastilla. Ahora a esperar esa deseada somnolencia suave que amortigua mis aristas, que me ayuda a olvidar el ruido, los ruidos, las gatas. Esperaré mientras leo, mientras me pierdo en el lenguaje minucioso y barroco de Carpentier, mientras. Otra vez el borde dañado de la foto me llama la atención. Ahora sí, tiro de él y me encuentro con mi rostro de cuatro, tal vez cinco años. Foto de familia. Poso en primera fila junto a mis primos más pequeños, yo en la esquina izquierda. Llevo un conjunto que reconozco inmediatamente: el vestido de cuadros escoceses en tonos rojos, la rebeca granate y los calcetines de ganchillo del mismo color. Los zapatos de charol negro. El pelo, también negro azabache, cortado a lo chico que rebela ese remolino en el flequillo que aún hoy me cuesta domar. En la segunda fila están los primos mayores, todavía suficientemente niños como para llevar pantalones cortos. Detrás de ellos, tíos y tías, la madre de ama, y uno de los tantos maridos de la tía Magdalena, creo que éste era el segundo. Aita y ama no están. Al lado de la abuela, la prima que morirá poco después de tomarse esta foto, con apenas siete años. También el padre de la niña morirá, dos o tres meses más tarde. Durante mucho tiempo pensé, absurdamente y sin que ningún miembro de la familia me lo desmintiera, que mi prima Asun había muerto en un accidente de carro. No de coche, de carro.

Por un tiempo pensé que atropellada, más tarde cambié la versión y me imaginé que se había caído de la parte posterior del carro y que se había abierto la cabeza. El motivo de esa asociación anacrónica se debía posiblemente a que sólo coincidía con mi prima en el pueblo de mi madre, tan remoto y suspendido en el tiempo que todavía había carros tirados por burros. En realidad, mi prima murió, como su padre, de un tumor cerebral. Me llama la atención la tristeza que destila la fotografía, una tristeza que no tiene nada que ver con la muerte de mi prima ni de mi tío porque entonces nadie sabía que iban a morir. Estamos todos serios o despistados o con una mueca indefinible, salvo mi tía Ana que sí sonríe, sonríe todavía ya que ignora la tragedia que está a punto de caerle encima. El fotógrafo –posiblemente su marido porque era él quien hacía las fotografías en todos los encuentros familiares– nos ha pillado desprevenidos. Todavía no hemos tenido tiempo de posar para pretender la felicidad exigida en una foto de familia. Debí tomarla, tal vez por error, justo en el segundo anterior a decir «patata» porque mi prima, su hija, la que morirá pronto, ya mira a la cámara con una expresión seria y concentrada. Tengo la cabeza gacha, la barbilla casi pegada a la pechera, pero mis ojos también miran al fotógrafo, entre la tristeza y el despecho, o tal vez pidiendo explicaciones por algún agravio que ahora no recuerdo. Observo mi postura inestable, la cabeza inclinada, la mirada oscura y me reconozco en el aire solitario y desvalido de esa niña. Ningún gesto me une al grupo. Mis brazos cuelgan, inermes. No toco a nadie, nadie me toca a mí. Mi tía Ana, que se quedaría sin hija –¿por qué no hay en español una palabra que designe a los padres que pierden a un hijo?– y viuda tan poco tiempo después, sí sonríe y me mira de lejos, con cariño.

Me reconforta analizar minuciosamente las fotografías de la infancia que he ido encontrando durante este último traslado. Casi siempre reconozco la misma expresión, entre el desvalimiento y el reproche, el aislamiento y una soledad buscada. Es una expresión que ni me inquieta ni me incomoda, más bien me reafirma, tal vez porque cuando ahora me miro en el espejo está ahí, en el fondo del ojo. Mi madre siempre me ha dicho que fui

una niña feliz. Todas las madres quieren recordar a sus hijos felices. Como yo no soy madre y nunca lo seré, no podré autoanalizarme para corroborar esta idea o desmentirla. Es cierto que sonrío en algunas fotos: disfrazada de caperucita, de jardinera y de reina mora, o vestida de bailarina para alguna función de la academia. También sonrío en otra fotografía en la que me acompañan dos niños que no consigo recordar. La niña es muy alta y mucho mayor que yo, tendrá ocho o nueve años; yo posiblemente tengo cuatro, como en la otra foto. La niña alta tiene un aire extraño, como de hija de Frankenstein –gafas cuadradas enormes, sonrisa desdentada, vestido demasiado corto que deja ver sus piernas larguísimas y flacuchas, unas botas embarradas y deformes– y reposa su mano sobre el hombro del amigo más joven, cabezón, bajito y de sonrisa dulce. Yo estoy un poco separada de ellos y miro feliz al niño. Se nota que me gusta. Llevo un libro bajo el brazo –lo que daría por saber qué libro es–, visto un pichi muy gracioso de pantalón que me marca la barriguita y un mendigozal de lana que todavía recuerdo, con sus escudos vascos característicos y sus dos pompones colgando. Creo que lo tricotó la abuela Begoña. Reconozco mis rodillas torcidas, tan torcidas como ahora, y unos zapatitos Kickers viejos y llenos de barro. Estamos en medio de una carretera sin asfaltar posiblemente durante uno de esos veranos en el pueblo de mi madre. Nuestras rodillas machacadas de caernos jugando como salvajes por el campo, nuestros zapatos viejos y raídos, nuestras ropas demasiado pequeñas que no llegan a tiempo de cubrir los estirones podrían hacer pensar en la infancia como esa etapa idílica en la que la felicidad plena es posible a pesar de las circunstancias. Sonrío con mi libro bajo el brazo como sonrío con mis disfraces favoritos. Y esto me hace pensar que era feliz cuando me evadía con mis lecturas o cuando me convertía en otra, cuando a través del libro, el disfraz o el baile vivía diferentes personajes que me permitían mirar a la cámara y entonces sí, sonreír tan ampliamente que esos ojos negros y redondos se convertían en pequeñas rendijas por las que se filtraba una oscuridad luminosa. Ahora también sé buscarme en personajes, disfrazarme, convertirme en otra, ser la Alicia que sonrío a la cámara, pero no sé si

queda algo de luz aquí dentro, si todo está tan muerto y apagado que esa sonrisa no es más que una mueca.

Es posible que me quede pronto dormida, pero hasta que no lo haga seguiré atenta a los ruidos. El ruido que me inquieta ha desaparecido, pero hay otros: los ratones corretean, oigo sus patitas escarbar en las paredes. Seguro que son legión, que tienen ya sus rutas de subida y de bajada, del sótano al ático, sus caminos transversales que les llevan de esta habitación al fondo abandonado de la casa. Comerán todo lo que encuentran a su paso: el material aislante, las viejas maderas, las crías que parirán ahí dentro. Son anchas estas paredes. Seguro que permiten que se asiente una colonia nutrida por cientos de ratones, igual miles. Voy perdiendo terreno frente a su creciente presencia, su toma vertiginosa de más y más territorio. Antes encontraba sus minúsculas heces en lugares ignotos del sótano, tal vez alguna –del aventurero de la camada– en el armario del fregadero de la cocina. Pero ahora me las encuentro en lugares visibles y centrales de la casa, como si los roedores fueran conscientes de que he dado por perdida la batalla. Me las encuentro en las escaleras, en el pasillo, en la habitación de invitados, en la biblioteca. Al entrar en casa noto el olor a ratón: una mezcla inconfundible de orina y amoníaco que tiene al mismo tiempo un ramalazo dulzón. Poner las trampas era una de las cosas de las que se encargaba él. Decía que era el mejor método y el más barato, que no podíamos usar veneno porque existía el peligro de que se lo comieran las gatas. Así que sembraba el sótano y la cocina de trampas a las que, curiosamente, ninguna de las dos se acercaba. Tampoco se acercaban a los ratones ni los perseguían como en las fábulas o los cuentos infantiles. Por la noche, a veces incluso durante el día, se oía el «clap» siniestro de una trampa acompañado de los chillidos del animal. Yo me imaginaba ratones mutilados, sus pequeños cuerpos partidos en dos, sangre saliendo a borbotones, ojos rojos desencajados, y me tapaba los oídos, sentía una náusea intensa, el estómago dado vuelta. Las gatas reaccionaban de manera similar, en versión animal: cuando sonaba el «clap» su cuerpo adquiría una curva como de gato de dibujos animados, se les erizaba el pelo y se subían a la cama o

al sillón donde yo estuviera leyendo o trabajando, buscando mi protección. Si el ratón chillaba, Vargas se acercaba lentamente a la escena de muerte y se mantenía a una distancia prudencial. Gruñía o maullaba hasta que se acababa el chillido y después venía a buscar mi calor. Mientras que Llosa jamás se acercaba al pobre ratón moribundo. Se escondía en mi regazo y cuando Vargas venía a meter la nariz, le lanzaba un bufido disuasorio, como si le reprochara su sadismo, haber estado tan cerca de la agonía del animal. Ahora sin gatas ni trampas podría usar el veneno, pero sería incapaz de recoger después sus cadáveres. Prefiero que se ganen la casa, que disfruten su conquista hasta que decida llamar al exterminador que me ha recomendado Sylvia. Mañana. Igual mañana.

Las cañerías chirrían casi a punto de congelarse; las maderas del suelo se encogen y crujen; el fresno del jardín roza y bate con su rama, cargada de hielo, las tejas de pizarra. Todos esos ruidos los identifico, no me asustan, de hecho me tranquilizan, incluso el correteo y el arañar incesante de los ratones. El otro, sin embargo, es una variación que me pone alerta y que espanta al sueño. Hace dos noches tuve que trasladarme al armario. Sé que es inútil porque la puerta del armario no va a protegerme de nada, pero ahí me siento más segura. Entrar en el armario me calma. Es un refugio. Tomé esa costumbre de cobijarme en los armarios en la primera casa, la del sur. Comenzó como algo un poco tonto: sólo quería huir del polvo. La casa estuvo en obras desde el día que la compramos. El baño a medio hacer, los suelos desnudos esperando a que él colocara la tarima y aplicara el barniz, un andamio en el salón, cajas de azulejos apiladas contra las paredes, en cada rincón una herramienta voluminosa (la sierra de mano para la madera, la de los azulejos, la lijadora). Podíamos usar la bañera, pero la ducha no estaba instalada. Aclarsarse el pelo se convirtió en tal problema que me corté la melena al rape. Lo único que parecía ordenado y limpio era mi armario, uno de esos grandes vestidores americanos que tan bien denominan ellos «*walk-in closet*». Ahí mantenía lejos del polvo mi ropa, mis zapatos, incluso a mí misma. Pasaba muchas horas dentro del armario. Me sentaba en una banqueta de la cocina

o echaba una manta en el suelo y leía allí, o me metía con el portátil y trabajaba. A veces me encerraba para estar sola. Con el tiempo, también empecé a encerrarme para llorar sin testigos. Cuando lloraba en cualquier otro lugar de la casa, Llosa se rozaba contra mí, lo cual me irritaba, y toda la rabia que sentía dentro la volcaba sobre el pobre animal: le daba un manotazo, la empujaba con fuerza. Un día que estaba sola en casa me senté a llorar en el suelo de la cocina. Llosa se me acercó y se restregó contra mi pierna. La cogí del pescuezo y la lancé por los aires con tanta fuerza que no le dio tiempo a reaccionar. Se pegó un golpe contra la puerta ¡pah!, soltó un maullido desgarrado, me bufó y se metió debajo de la cama hasta que llegó él y empezó a llamarla. Salió de debajo de la cama, temerosa, se acercó a él para recibir una caricia, me miró con desprecio, ese desprecio que sólo un gato puede hacer visible, y durante muchos días no se volvió a acercarse a mí. Desde entonces, aunque estuviera sola, cuando quería llorar me metía en el armario. Recuerdo un día que habíamos discutido. Otra vez. Él quería limpiar las canaletas de la casa. Yo quería pasar el día escribiendo. Él, que le aguantara la escalera, que me subiera con él al tejado, *porque imagínate que me caigo y me abro la cabeza*, y que le ayudara a sacar todas las hojas acumuladas, podridas y apestosas porque llegaba el invierno e igual helaba y *si hiela, entonces, se romperán las canaletas y tendré que arreglarlas y la casa es de los dos y parece que a ti no te importa nada, que sólo te preocupas de tus libros y de ti y de tu tesis, tú y tu tesis, tu tesis y tú*. Y es verdad, a mí me importaba una mierda la casa. La odiaba. La casa me ataba, me engullía, me asfixiaba con su polvo, me secaba por dentro con su aire acondicionado en verano, su calefacción en invierno, me sofocaba con sus ventanas siempre cerradas porque hacía demasiado calor o demasiada humedad o las rejillas protectoras estaban rotas y entonces entraban mosquitos que me acribillaban y encima había una epidemia del virus del Nilo Occidental, y las arañas gigantescas, y eso que parecían cucarachas voladoras y no lo eran, pero se le asemejan demasiado y a mí me daban un asco horrible y me provocaban ataques de histeria, *histérica*, me decía él. Era el sur. Y el sur era como el tró-

pico, pero sin playa ni palmeras. El sur me provocaba asma y me quitaba las ganas de salir de casa porque también había banderas confederadas por todos sitios y gente que me miraba con desprecio porque parecía mexicana y mi inglés era catastrófico y tenía acento hispano y no me atendían cuando me tocaba en la charcutería del supermercado y no me daban las vueltas en la mano como a otros, sino que me las dejaban de mala manera al lado de las bolsas de plástico, donde yo misma, y no la cajera, tenía que meter los productos que había comprado.

Él todavía estaba fuera. Se había salido con la suya y habíamos acabado limpiando las canaletas. Por no aguantarle, por no soportar esa retahíla eterna de reproches, de insultos encubiertos, de comentarios despectivos. Entré en la casa, me lavé las manos y me metí en el armario. Me senté en la oscuridad, me acurruqué como siempre contra una de las paredes. Lloré tranquila, como estoy llorando ahora, sin estridencias, un llanto templado que me acariciaba las mejillas. Oí a Llosa maullar y arañar la puerta, como estaría haciendo ahora si aún estuviera conmigo. Él entraría pronto. Salí del armario, acaricié a la gata y me lavé la cara.

No podría decir cuándo empezó todo. Cuándo mi vida comenzó a torcerse y esa que fui dejó de existir y se convirtió en una mujer que se encerraba a llorar en un armario. Y todo lo que vino después.

Yo no soy padre

Padre era un hombre difícil. Alicia lo notó en nuestra primera visita, pocos meses después de que nos conociéramos y empezáramos a salir. Sólo llevábamos juntos cuatro meses pero ella acababa de llegar a este país y no tenía planeado ir a casa de sus padres por Navidad. Yo no estaba muy seguro de querer llevarla a conocer a mi familia, era demasiado pronto, pero ella insistió. Ahora lo negaría, pero entonces no quería separarse de mí ni cinco minutos y Alicia, cuando quiere algo, no para hasta conseguirlo. En eso no ha cambiado, ha insistido en quedarse sola y lo ha logrado, pero entonces lo que quería era estar conmigo a todas horas, conocer a mi familia, mudarse a vivir conmigo. Yo sabía que no estaba preparada para encontrarse con lo que se encontró, pero tampoco sabía negarme a satisfacer sus deseos.

Padre no hablaba con madre, le daba órdenes. Pasaba la mayoría del día sentado en su sillón reclinable bebiendo cervezas y viendo la tele mientras ella tenía que hacer todo en casa –recados, limpieza, comidas, incluso chapuzas como cambiar un grifo o pintar las paredes–. A nosotros no nos trataba mucho mejor: nunca tenía una palabra amable con ninguno de los tres y mucho menos con Adam que, aunque salió del armario de adolescente, padre nunca lo supo de su boca, pero lo sabía porque Adam a veces perdía el control y no podía disimular algún ademán afeminado y padre lo miraba con desprecio o simplemente le soltaba una hostia. Pete hacía tiempo que se había ido de casa, así que sólo madre podía protegerle, que ella sí sabía y lo había asumido, aunque eso no significa que lo hubiera aceptado.

Abusivo es el adjetivo que mejor calificaría a padre. Era abusivo, sí, pero tenía sus motivos. No es que tuviera razón en ac-

tuar así, pero sí motivos. Se crió en una familia pobre con siete hermanos, con quince años ya estaba trabajando en un matadero de vacas, con dieciocho le obligaron a casarse con madre porque la había dejado embarazada de Pete. Madre era hija de un amigo del abuelo Klaus. Padre y ella se habían criado casi juntos, él ejerciendo de hermano mayor, pero con la adolescencia, ya se sabe. Madre tenía quince años cuando se quedó embarazada. Adam llegó dos años después y yo once meses más tarde. Con diecinueve ya nos había tenido a los tres. Cuando cumplí los dos años madre empezó a regentar la tienda de ultramarinos del abuelo Mathias, que como conocía bien a padre igual intuía que su hija necesitaba un poco de aire fuera del hogar. Al principio vendía sobre todo productos de primera necesidad, pero el barrio estaba cambiando y había muchos mexicanos que le pedían productos suyos, así que también empezó a venderlos. Yo aprendí a hablar español en su tienda con las señoras mexicanas del barrio y jugando con sus hijos en la calle. Padre se quejaba, decía que no podíamos crecer en la calle, que madre estaba descuidando la casa, abandonándole a él, que con su sueldo podíamos vivir dignamente. Ya por entonces habían cerrado los mataderos grandes, pero quedaba alguno más pequeño. Tuvo suerte y le contrataron de jefe de planta en uno, con lo que no traía un mal sueldo a casa. Ésa fue la justificación para obligarla a cerrar la tienda pero en realidad le costaba aceptar que madre ganara su propio dinero, que conociera a gente continuamente, que la saludaran por la calle, que la mayoría de nuestros amigos fueran mexicanos. Era un hombre muy racista y orgulloso de sus orígenes polacos, de vivir en un barrio que hasta hacía poco había sido casi exclusivamente blanco, pobre pero blanco. Padre cada vez estaba más aislado, en un mundo que veía derrumbarse —los grandes mataderos, el barrio, lo que él pensaba que debía ser un matrimonio— sin él entenderlo y su forma de rebelarse, de controlar esa realidad que se desmoronaba era ejerciendo su poder sobre madre, sobre nosotros: cerrar la tienda, recluirnos en casa. El cierre de la tienda nos afectó mucho. Para entonces el abuelo Mathias había muerto. La tienda era lo último que le quedaba a madre de él, pero padre no tardó más de unos meses en vender el

local. Para madre fue un golpe bajo y para mí el final de mi pequeño universo. Entre los dos y los ocho años había crecido ahí, era mi mundo. Todavía recuerdo sentarme en el mostrador y charlar con la clientela. Era un niño muy abierto y todos decían que iba a ser un tendero fabuloso, pero madre siempre contestaba que no, que yo iba a ir a la universidad, como Pete y como Adam. A ella le gustaba el negocio, creo que se sentía orgullosa de mantener el legado de su padre y, además, era una forma legítima de estar fuera de casa, no tener que pedirle dinero ni rendirle cuentas, no soportar la obligación de esperarle cada noche con la cena puesta. Pero acabó obedeciendo, después de muchas peleas y una última golpiza de la que yo fui testigo –también me llevé alguna– y que la dejó marcada, por dentro y por fuera.

Madre obedece, pero no olvida. Se ha pasado los últimos veinte años echándole en cara que no la dejara continuar con la tienda y que vendiera el local, sobre todo desde que él se jubiló y les ha quedado una pensión que apenas les llega para cubrir las necesidades básicas. Ahora que padre está senil y cagándose encima ella le va devolviendo todas las cachetadas y agravios. Por eso no lo mete en la residencia, a pesar de que los tres insistimos en ayudarla a pagar una que está cerca de su casa y en la que él estaría bien cuidado. Pero madre todavía no ha acabado de vengar los sesenta años de matrimonio y necesita recriminarle porque no se acuerda de esto o lo otro o insultarle cuando se mea encima o recordarle constantemente todo lo que la ha hecho sufrir y el sacrificio que está haciendo ella por él, porque ella no le abandona, le dice, a pesar de que sus hijos insisten en que lo haga. Me pregunto cuánto entenderá padre de todo lo que le dice.

Cuando Alicia le conoció, hace diez años, todavía no estaba así, todavía tenía el habla y la fuerza de antaño, su voz cargaba el desprecio y la violencia de siempre. La primera vez que fuimos a verles Alicia vio todo esto rápidamente. Adam nos fue a buscar al aeropuerto y ya en el coche nos avisó: «Papá está un poco raro». Ella no dijo nada y yo no quise preguntar más, pero él insistió, como si asumiera que yo no le había explicado a Alicia en qué consistía que padre podía estar «raro» y es cierto, no

le había dado muchos detalles. «Es que le afectan las Navidades, ¿sabes?, se pone melancólico y si de normal tiene cambios de humor bruscos, pues su melancolía es así, cómo decirte, un poco violenta.» Yo intenté quitarle importancia, para que no fuera demasiado perjudiciada, pero Adam continuó: «Y, bueno, hace tiempo que no tenemos invitados. Pete y Marian nunca vienen ya y...». Para cuando llegamos a casa, Alicia estaba nerviosa. En aquella época todavía le daba vergüenza hablar inglés con gente que no conocía y cuando se ponía nerviosa se encerraba en un mutismo que podía pasar por arrogancia. Yo sabía que la visita no iba a ir nada bien. Padre se pasó los tres días que estuvimos en casa diciéndole a Alicia que los mexicanos habían arruinado el barrio, que menos mal que ella era española porque si no, no la hubiera dejado entrar en casa y le puso el ejemplo de Lola, con la que estuve saliendo dos años y ni siquiera se dignó saludarla una sola vez. Se lo contaba como si fuera un triunfo. Alicia me miraba como esperando a que dijera algo, pero a esas alturas ¿qué le iba a decir yo a padre? Me contentaba con que fuera más o menos amable con ella. Madre estuvo un poco fría durante la visita. No le sentó bien que Alicia quisiera salir a pasear, a ver la ciudad. «Las Navidades son para estar en familia», decía cada vez que le anunciaba que nos íbamos a dar un paseo. No se entendieron bien. Alicia decía que madre era la típica víctima que no hace nada para cambiar su situación, que se regodea en ella para dar pena, pero que no era ninguna santa y que siempre andaba metiendo cizaña. Me preguntaba cómo madre no se divorció de padre, cómo le ha soportado todos estos años, cómo lo hemos soportado nosotros. Yo qué sé. A un padre así de pequeño se le teme, se le respeta y de mayor simplemente se huye de él. Ahora es fácil, ahora que es ese despojo babeante. Qué más da.

Lo peor es cuando me dijo que llevo toda la vida huyendo de mi padre y he acabado siendo igual que él. Me lo dijo porque sabía que me iba a doler, porque sabía que eso era lo peor que me podía decir, pero sabe que no es verdad. Yo soy un hombre sensible, respeto a las mujeres, no soy racista, si lo fuera no hubiera estado con ella, que para todos los efectos es hispana, y yo

nunca, jamás, por mucho que ella diga, la he tratado como padre trataba a madre, nunca.

Vale, alguna vez he podido señalar algunas de sus debilidades o defectos pero ¿no puede uno criticar a su pareja? ¿Ahora todo es maltrato psicológico? Y sí, reconozco que me he puesto un poco violento pero no puede decir que le he pegado, mucho menos como padre pegaba a madre, pero si de verdad lo hubiera hecho habría tenido todos los motivos.